

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO 2009-2010
Seminario de Monte Corbán, 16.10.2009

Sab 7, 7-11; Ps 89; Jn 16, 12-15

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Un año más la Providencia de Dios nos permite *inaugurar un nuevo curso académico* en nuestro Seminario de Monte Corbán.

Saludo al Sr. Rector y Superiores; al Sr. Vicario General y Vicarios Episcopales, sacerdotes; Claustro de Profesores y personal de servicio; miembros de vida consagrada; saludo con cariño a nuestros seminaristas, a los del curso pasado y a los que se incorporan este año y a sus familias; a todos los amigos del Seminario y a los Medios de Comunicación Social.

Al comienzo de esta Eucaristía votiva del Espíritu Santo brota de nuestro ánimo la invocación confiada para pedir su abundante efusión, luz y fuerza. En la oración colecta de esta santa Misa hemos pedido al Padre para que envíe el Espíritu Santo, el Paráclito, a fin de que ilumine nuestras mentes, encienda nuestros corazones y nos guíe al conocimiento pleno de la verdad. A Dios, fuente de sabiduría, confiamos el nuevo curso académico y suplicamos especialmente para superiores, profesores y alumnos la luz, la fuerza y el aliento del Espíritu.

Todos los aquí presentes esta tarde compartís el empeño de ofrecer al Seminario vuestro amor, vuestro trabajo, vuestra colaboración y vuestra cercanía. Os lo agradezco de corazón.

El Seminario Mayor es *“sobre todo, una comunidad educativa en camino: la comunidad promovida por el Obispo para ofrecer a quien es llamado por el Señor para el servicio apostólico, la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los Doce”* (PDV 60, b). La identidad más profunda del Seminario radica en *“ser a su manera una continuación en la Iglesia de la íntima comunidad apostólica formada en torno a Jesús”* (PDV 60, c).

Nuestro Seminario debe ofrecer a los seminaristas una formación integral en sus distintas dimensiones: intelectual, espiritual, comunitaria y pastoral. Hay que insistir en la importancia de la formación doctrinal en las ciencias sagradas y humanas de nuestros seminaristas y en la preparación y dedicación de los profesores. El Seminario necesita profesores que preparen sus lecciones y las impartan desde la fe y el magisterio auténtico de la Iglesia, la unción religiosa y la piedad. Sólo así, en colaboración estrecha con los formadores, podrán propiciar en los alumnos la entrega y el seguimiento entusiasta de Cristo Pastor. Nuestra Diócesis necesita seminaristas santos, que junto al crecimiento cultural y a la equilibrada madurez humana, cultiven la vida interior, el silencio y la oración, para poder escuchar con el corazón a Dios que les llama.

Hago este llamamiento en el Año Sacerdotal convocado por el Papa Benedicto XVI, que tiene como lema *fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote*. Es un año que no sólo afecta a los sacerdotes y a los futuros pastores, sino también a todo el pueblo de Dios, porque el sacerdote es un don de Dios para la Iglesia y para el mundo. Por eso hemos de celebrarlo en la Diócesis, en las parroquias y en las comunidades locales con toda su dignidad y con la participación del pueblo fiel, que sin duda ama a sus sacerdotes, los quiere ver felices, llenos de alegría en su diaria labor apostólica y santos.

El Papa Benedicto XVI propone como modelo para los sacerdotes al Santo Cura de Ars, figura excelsa de santidad vivida en fidelidad diaria en el ejercicio del ministerio. San Juan María Vianney es para los sacerdotes espejo, guía, faro luminoso que nos orienta hacia Cristo Buen Pastor. Él Santo Cura de Ars es para cada uno de nosotros fuente de consuelo y de esperanza y lo es también en medio de las “fatigas” en que nos vemos envueltos en nuestro ministerio. El Cura de Ars decía: “un buen sacerdote, un pastor según el corazón de Dios, es el tesoro más grande que el Buen Dios puede conceder a una parroquia y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina”.

El Santo Cura de Ars es ante todo un hombre de oración, que se nutría en tres momentos vitales: la Eucaristía, la Liturgia de las Horas y la meditación. Sin estos medios, el sacerdote se agosta; con ellos, el sacerdote se llena de amor y se convierte en testigo del misterio, hombre de Dios, amigo de Jesucristo y fiel servidor entregado a los hombres. La oración es el verdadero camino de santificación de los sacerdotes y el alma de la auténtica *pastoral vocacional*. El escaso número de ordenaciones no debe desanimarnos, pero sí debe impulsarnos a multiplicar los espacios de silencio y de escucha de la Palabra de Dios, a cuidar mejor la dirección espiritual y el sacramento de la penitencia, para que muchos niños, adolescentes y jóvenes puedan escuchar y seguir con prontitud la voz de Dios, que siempre sigue llamando. En este año los sacerdotes debemos orar también por nuestros seminaristas que se preparan aquí en Monte Corbán para ser un día los pastores del pueblo de Dios. Asimismo debemos promover por todos los medios posibles una verdadera “cultura de la vocación”.

Tenemos que sembrar la semilla de la vocación sacerdotal en el corazón de los muchachos y jóvenes, sabiendo que siempre habrá algunos corazones buenos que la acojan y la semilla dé fruto. Os invito de todo corazón a los seminaristas a vivir con verdad y gozo la invitación de Jesús: “*ven y sígueme*”. Y espero que seáis capaces de transmitir a otros jóvenes la gozosa experiencia de haber conocido a Jesús y la alegría de estar en el Seminario. El buen olor y ambiente agradable del Seminario han de llegar a toda la Diócesis. Os pido a formadores y profesores las actitudes de Cristo, incluso la atención personal a cada discípulo, como hacía Jesús el verdadero Maestro.

Os reitero mi reconocimiento agradecido. Ahora en la Eucaristía, que alimenta la vida de los sacerdotes y de todos los cristianos, brindemos por un curso académico 2009-2010 fecundo. Miremos hacia delante y pongámonos en camino. A la Virgen, trono de la Sabiduría, le encomendamos este curso y el cuidado de nuestros seminaristas. Amén.